

Ilustración
de Miguel
Casafont.



Sinatra: memorial de los infiernos

14 años de la desaparición de Alfredo Oreamuno (Sinatra), su obra emite señales que conviene atender. Y que nos remiten de nuevo a la milenaria puja entre la literatura de la vida y la vida literaria.

VICTOR J. FLURY

Perteneció a la raza de los transgresores, de los que llevan una señal en la frente. Por eso se empeñó, cien veces más que el común de los mortales, en narrar su redención, en hacernos creer —para creerlo él de rebote— que era un hombre nuevo, venido de la degradación y el martirio (¡qué bien le calzan estas palabras!) y que su mensaje sería útil a los hombres en la lucha contra el vicio. Más acá de estas ilusiones, equipaje invariable de los seres vivos, Alfredo Oreamuno (Sinatra) dejó un recuerdo literario. Para muchos, de simple interés testimonial —un hombre caído, la historia de su resurrección—. Para otros, el huevo de la literatura urbana que empolla bajo dos techos: el vagabundeo y la noche. No la noche en calma, para pasearla, sino otra innominada e innumbrable, llena de pesares y tentaciones.

Hay en su obra por igual pecado y salvación, tragedia y candidez, fatalidad y voluntarismo. Mezcla rara en estos parajes de Dios.

Retrato de un artista cachorro

Un harapo en el camino (1970), Noches sin nombre (1971) y El callejón de los perdidos (1972) fundan la trilogía de una maldición. Alfredo Oreamuno, conocido por Sinatra (su parecido con el actor norteamericano saltaba a la vista), es el agente y la víctima de su propia condena. También el cartógrafo peatonal de una ciudad casi desconocida por los literatos: San José.

San José es en las horas estrelladas —afirma— “una ciudad encantadora. Para comprobar esto se necesita amar y vivir la noctambulidad. Los bohemios lo saben mejor que nadie”.

Palabras suyas que hoy suenan a 14 años luz. Y él nos va a desvestir la metrópoli subterránea, el bajo mundo que le dicen.

Prostíbulos, antros de drogadictos, sótanos, carros abandonados, arcos de puentes, aserraderos serían su espacio literario y los lugares de pasada y hospede-

daje. Todos lechos inestables, como los nichos vacíos del cementerio general que usó de domicilio nocturno.

Aunque él no quisiera, las afrentas se le pegaron al espíritu como una segunda naturaleza. El alcohol, su adverso tonelaje moral que lo marcó desde el padre alcohólico, la fuga de la escuela, la expulsión del Liceo serán anticipios de la teología de la oveja negra.

“A los 19 años pesaba 165 libras, era un poco pendenciero, no me dejaba amilanar por nadie”: he aquí el retrato de un artista cachorro. Que por naturaleza es aventurero, ya sea imaginando o yéndose (como lo hizo) al Canal de Panamá a trabajar en las esclusas y a las Galápagos, nadie sabe a qué. A bailar quizá.

De repente lo fulmina un rayo, no hay cable a tierra.

Sinatra lo rememora, dice conocer y respetar la totalidad de las reglas que ha violado, pero en sus libros flota un cálido homenaje a la épica marginal, a la amistad en la mala. Así entran en su relato —y en el relato costarricense— las sensaciones de lo inmundo y lo viscoso. ¡Qué parecido a Celine, pensionista de un castillo a otro en una época que los castillos eran sinónimo de exilio y apenas retenían de los cuentos de hadas su mentira rosa!

Ah... Celine dormía en la casilla del perro. ¿Y el perro dónde?

“Durante cinco años —nos dirá su hermano tico— recuerdo haber disfrutado de una cama ni regular siquiera”.

Y aquí el filme se hace más veloz. El cuento de vender la sangre para “seguir tirando”, la rapiña de los basurales, el camarada de borrachera que cae muerto en una banqueta del hospital, la cárcel de Puntarenas, la célebre chichera (encierro de alcohólicos, de los cuales el de la Cuesta de Núñez brillaba por su negrura), la Peni aportan un copioso material para el libro de quejas de la vida.

De golpe en golpe

La autoridad, oh la autoridad, esos vigilantes de las películas de Chaplin, lo persiguen. Acusaciones: hurto, ebriedad. En una ocasión, sospecha de locura.

Lo endosan al Chapui y escapa.

Las cosas no son para tanto. Sinatra y sus amigos pecan únicamente de anacronismo: vivir de la caza y de la pesca en pleno siglo 20.

En los inicios de **Un harapo**, Sinatra presenta orgullosamente a sus compinches Cailoto, El Nato Rigo y Juan Anafres. Los cuatro mosqueteros, en versión picaresca.

Las almas buenas se encargan de pagarles el trago, los amigos que no preguntan ponen de revés sus bolsillos, y así va. De tarde en tarde, surgen negocitos como la venta de un perro inglés, “avivadas” (disfrazarse de vampiro y recolectar monedas en los bares) o timos (el del Unicornio, un talismán de chucheca con “poderes”).

Y quedan todavía los episodios heroicos: chasquear a un maleante (**El chantajista burlado**), ponerle un petardo ético al petardista (**La casa del vicio**). Se sabe: quien roba a un ladrón...

Sinatra padece un delirio semejante al de Laurence Sterne, autor mayúsculo de una serie de **Viajes sentimentales por aquí y allá**: el trotamundismo. Detrás de este tipo humano, eminente ciudadano, se camufla la esperanza de hallar el acorde justo de la existencia, algo que sonaba como la nota alta de una trompeta salvadora para los obsesivos músicos de jazz, un puerto diferente, un alba milagrosa.

El barro a veces gira en la esquina justa de la virtud. Estamos en la esquina del Sión, donde las monjas dan de comer al hambriento. Llegan los amigos con un ramo de flores: “Las flores las entregaría yo. Atrás Cailoto, Juan y Rigo. Llegó nuestro turno y al vernos la hermana se quedó mirándonos y preguntó:

—¿Van a tomar sopa?

—No, estimada hermana, veníamos a rogarle nos acepte estos claveles sevillanos y los ponga al pie de la Virgen que usted crea que se parezca más a usted...

Cumplido al fin nuestro propósito, los cuatro nos encaminamos sin saber adónde ir. El aroma del ambiente confirmaba que mayo había pasado por los senderos. Los celajes se disipaban en huida ante la presencia de la noche. Posiblemente las guitarras despertaban dentro de los estuches de su ensueño

Sinatra: memorial...

Viene de la pág.2

reparador, y nosotros reposaríamos en algún lugar a la espera de otro incierto amanecer”.

Un episodio entre la neblina y el sol, cierto. Porque el mundo sigue andando. “El área de mi eterno rondar, en compañía de mis cofrades, se extendía a unos dos kilómetros a la redonda de la ciudad capital. Nuestro epicentro eran las cantinas circunvecinas del Ferrocarril Eléctrico al Pacífico. Muchas veces nos ausentábamos de ese círculo para allanar los derechos territoriales de otros grupos de consuetudinarios tomadores, a los que desde luego no les caía bien nuestra presencia.”

Territorialidad. Pero de medio lado el afán de una poética de los lugares, una poética ruin pero poética en su médula, enumerando cantinas: **El faisán dorado, El cerrito, La novia, El gran vicio, El nido del renco, el zepelín...**

Sinatra nos instruye. El universo homogéneo de los alcohólicos constituye un espejismo. Y emprende una tipología de los tomadores: agresivos, iracundos, sumisos, pasivos, susceptibles, sentimentales.

El mapa josefino de la noche, sus habitantes eternos, sus inquilinos ha sido escrito.

Sinatra calificaba como inquilino. Había nacido el 26 de junio de 1923 y el juicio final se le adelantó una mañana del 23 de noviembre de 1963. Adiós al licor, a las volutas humeantes de la trasnóche, a las camas de cartón en la acera. Adiós a la Penitenciaría Central que lo “recibió” 82 veces y a cien cárceles más de Costa Rica.

Otra mañana, un domingo 19 de diciembre de 1976, mientras corría en La Sabana, Alfredo Oreamuno dejó escapar sus 54 años y el metro sesenta y ocho de estatura. **Quiéno decir que se murió** (con estas palabras concluye El Quijote).

¿Y la literatura?

Un harapo en el camino vio una primera edición de 56.000 ejemplares. Entre **Noches sin nombre, El callejón de los perdidos, Mama Filiponda y Terciopelo** la suma de volúmenes vendidos trepó a 65.000. Sin contar **El jardín de los locos**, de 1975, que registró una venta considerable.

Cosecha asombrosa. En 1990, un escritor local que vende tres mil ejemplares se manda a sí mismo un fax de felicitación.

Pero el sello digital de la prosa oreamuniana radica no en la receptividad pública sino en una sorpresa. Sorpresa que se podría enunciar así: de los desperdicios, el envilecimiento, los escondrijos sépticos emerge una rosa intacta. Rosa inesperada, capaz de convertir en belleza las fealdades de la intemperie. Esto es lo que Celine llamaba la **pequeña música**.

Son muchas las disculpas de Sinatra, y en una misma dirección: la de justificar lo escrito por algo no literario, ya sea la función edificante de las anécdotas, la crónica de vida como lección para la juventud, una ética convencional sobre el vicio y la integridad.

Quizá adelantándose a los juicios de sus prójimos y de sus léjimos, había dicho de entrada que el triunfo artístico no figuraba en su agenda. ¡Qué importa lo que diga! No tenemos la obligación de acuerparlo. Porque el distintivo de los de su raza consiste precisamente en la negación de las letras como un fin.

En sus declaraciones veo, más bien, una coartada para no admitir que su vocación de escritor se halla por encima del altruismo. Ojo, no nos engañemos: quien confía al texto su experiencia, cree más en el texto que en la experiencia.

La aleación de memoria y palabra —lo debe haber entrevistado en los borradores de **Un harapo**— obtiene una energía segunda, absorbe en la prosa esa dicha de dominar el pasado y recomenzar siempre. Aunque el interesado diga lo contrario.

Así como el genio quiere que lo tomen por un ciudadano común, el literato de sangre dice dejar para Flaubert y los estilistas las cosas que más lo enamoran.

Seis libros de relatos en cinco años y otros ocho en las gavetas, muestran que Sinatra no fue un pasajero, un huésped ocasional de la literatura.

Escribir bien

¿Qué significa escribir bien? Hay preceptivas y preceptivas. Los de este lado del planeta, latinoamericanos bah, envidiamos la pasmosa prolijidad de un Flaubert, obsesionado por la coma, el ritmo de la frase, la corrección final e interminable de una página.

De frente al caso flaubertiano, quienes no vivimos de la pluma —casi todos— debemos ejercer más de un oficio y convertir el escrito en un robo al tiempo laboral. Ejecutantes clandestinos de la propia vocación, padecemos de mala conciencia, un astigmatismo culpable, la manía de excusarnos.

Cuando uno mira de reojo a sus modelos, el remordimiento salta a un primer plano. Escribir bien es aquello. Lo de acá es urgencia, una urgencia peleada con la perfección.

Nos pasa a todos. En las mejores familias. Pero el asunto se torna dramático con los marginales. Segundones en su comarca natal y menos arrogantes que sus pares europeos, estos genios montaraces respetan la gran literatura, no la violentan por deseo, moda o irreverencia. No: tratan de escribir bien y no pueden.

Limitación que desemboca en algo feliz: un modo de escribir con el único bagaje de que se dispone, la lealtad ante la vida que todo lo supera y aun ante las cosas infames que proponen una búsqueda fuera de los libros.

¿Resultado? Metros de papel impreso y por ahí el milagro de la **pequeña música**. Si aceptamos lo desparejo, esa pequeña música queda como una impresión subyacente, resiste la inclemencia del comején y el tiempo.

Vale la pena pegar el oído a esas cuartillas.